

# EL MUNDO

Domingo, 10 de abril de 2005. Año XVII. Número: 5.598.

## MUNDO

BODA REAL EN EL REINO UNIDO / LAS REACCIONES

### Desdichados y problemáticos

GEOFFREY WHEATCROFT

«¡Oh, Carlos, que boda tan poco lucida!». A lo largo de las últimas semanas, Camila Parker-Bowles debe haberse sentido a veces como la Julia de Retorno a Brideshead cuando le habla a su amante, Charles Ryder, de su desdichada boda con Rex Mottram. Quizás «poco lucida» no sean las palabras más indicadas, pero «desdichada», sí, sin duda alguna.

Un reguero de incidentes casi da pie a pensar que la providencia ha terminado por abandonar a la monarquía. Todas esas trifulcas sobre si la ceremonia civil debería tener lugar en el castillo de Windsor, sobre si la boda era legal o sobre si la nueva duquesa de Cornualles será princesa de Gales y posteriormente reina, han culminado en el contratiempo del funeral del Papa. Además, los periódicos se han puesto muy desagradables. Es posible que hasta los republicanos hayan recibido con cierto disgusto semejante orgía de mala intención, perversidad y crueldad descarnada que vomitan nuestros diarios populares.

De hecho, hay algo no ya malintencionado sino casi psicópata en la información periodística. El periódico Daily Mirror ha mostrado a la pareja con cuernos en sus cabezas y soltaba el rebuzno de que tenían mucho de que arrepentirse. El príncipe de Gales sufre la reprimenda de Sir Max Hastings por su amor al lujo mientras que Camila tiene que oír de Julie Burchill que guarda un cierto parecido con el culo de Iggy Pop. En el colmo del absurdo, el obispo de Salisbury comunica al príncipe que debería pedir perdón públicamente al agraviado primer marido de Camila.

Puesto que las confesiones están a la orden del día, yo voy a optar por reconocer de plano algo poco común, e incluso único y singular, que es que encuentro al príncipe de Gales personalmente simpático. Nosotros, los viejos gruñones, deberíamos cerrar filas y yo comparto un gran número de sus rarezas y de sus manías.

Con todo lo extraordinariamente torpe que es en sus relaciones con los periodistas, resulta posible no obstante comprender su malhumor con «esos cabrones» que le acosan con preguntas estúpidas. ¿Es que no hay realmente

maneras mejores de gastar la contribución que pagamos a la televisión pública que enviar a Suiza a un reportero chulesco y zumbón para que le pregunte a alguien si le hace mucha ilusión casarse?

Tampoco las obsesiones del príncipe son tan predecibles como muchos suponen. Cualesquiera que fueran las directrices del Papa recién fallecido en materia de moralidad sexual, es una estupidez calificar de reaccionario de tomo y lomo a un hombre que aborrecía la guerra, se oponía a la pena capital y elogiaba «la primacía del trabajo sobre el capital». Su pareja y él van a viajar en breve a EEUU, pero se rumorea que el Ministerio de Asuntos Exteriores ha hecho de manera discreta todo lo posible por retrasar esa visita, ante el temor de que el príncipe pueda apartarse del discurso oficial sobre Oriente Próximo.

Son una infinidad los hombres capaces de entender también lo que él ve en Camila. Después de unos años agotadores con su primera esposa, el príncipe ha tenido la enorme suerte de haber encontrado consuelo en una mujer sencilla y agradable. En sí misma, su historia es conmovedora. He aquí dos personas que llevan más de 30 años siendo amantes a temporadas y que ahora quieren compartir lo que les queda de vida. Un amor de juventud, separaciones, la asunción de sendos caminos equivocados, «lo que pudo haber sido» y finalmente, el redescubrimiento y la plenitud: éste es uno de los grandes temas de la literatura.

No se trata sólo de que Camila sea una buena persona, algo de lo que no cabe duda, sino de que sus opiniones no son ni mucho menos las que podrían suponerse. Esta mujer comparte la manifiesta antipatía hacia Estados Unidos que se suele encontrar en la gente normal y conservadora, de su clase y de su generación, procedente del medio rural, por más que ese sentimiento no encuentre reflejo alguno en esa derecha colaboracionista que es en la actualidad la dominante en el partido conservador y en la prensa de la misma cuerda.

Así y todo, incluso aquellos que encuentran conmovedora esta historia no pueden negar que hay un problema y que el príncipe es parte de ese problema, y no sólo porque quiere algo que no puede ser. Se esté o no de acuerdo con sus puntos de vista sobre educación o ecología, el mismo hecho de que sepamos algo de lo que piensa al respecto constituye una amenaza a la institución a la que pertenece. Cada vez que el príncipe se explaya, recuerdo lo que el duque de Wellington afirmaba cuando explicaba por qué le parecía deplorable la costumbre de que los soldados vitoreasen a sus oficiales: «Eso se acerca peligrosamente a la expresión de una opinión».

Más aún, no queda más remedio que reconocer el hecho de que esta boda es en sí misma problemática. El príncipe insiste en querer celebrar una doble ceremonia. Será el defensor de la fe y supremo gobernador de la Iglesia de Inglaterra, que no reconoce el divorcio, cuando herede el trono (¿debería ser

así si lo hereda?). Lo que piense cada cual o lo que piense yo acerca del divorcio no importa, pero la mayoría de nosotros no observa las normas levíticas sobre la abstinencia aunque da por hecho que no se va a encontrar al jefe de los rabinos zampándose vorazmente una chuleta de cerdo.

Quizás algunos de los consejeros del príncipe se haya sentido como otro de los personajes de Retorno a Brideshead: «No veo por qué te tomas la molestia de casarte. La mitad de los reyes de Inglaterra ha tenido queridas, cuando no amiguitos, y es evidente que a la opinión pública no le importaba en absoluto que el príncipe y su dama vivieran juntos».

Las dificultades se preveían en otro extraño pasaje. En la obra maestra de Alan Bennett, *Forty Years On* (Cuarenta años después), dos «héroes de salón» hablan de la crisis por la abdicación:

-¿Dónde está el problema? Si él está enamorado de ella...

-Me parece que no lo entiendes. Ella es lo que nosotros, en la Iglesia de Inglaterra, llamamos una mujer divorciada.

-¡Dios mío! ¡Qué obscenidad!

-Una divorciada en el trono de la casa de Windsor representaría todo un triunfo para esa pandilla de intelectuales desarraigados, judíos extranjeros y pederastas internacionales que se llaman a sí mismos Partido Laborista».

Quizás haya sido algo vagamente parecido a esto lo que el primer ministro tuviera en mente cuando se programó la boda para coincidir con el arranque de la campaña electoral, pero las cosas no han salido ni mucho menos como se esperaban ni en Downing Street ni en Clarence House (la residencia oficial del príncipe de Gales).

En estos momentos, hasta nosotros, los leales defensores de la Gloriosa Revolución de la Sucesión de los Hannover, aun deseando la felicidad de la pareja, hemos empezado a preguntarnos si Carlos de Inglaterra no podría pasar a la jubilación al mismo tiempo que Tony Blair.

**Geoffrey Wheatcroft es autor del libro *La extraña muerte de la Inglaterra conservadora*, publicado la semana pasada.**